

La fundación de *La Pensée*. Recuerdos de un historiador*

Pierre Vilar

La Pensée me ha pedido, con ocasión del cincuentenario de su fundación y de sus primeros números, que evoque mis recuerdos personales sobre las circunstancias de esta fundación. Me excuso por hacerlo rápidamente, bajo la forma de simples respuestas improvisadas a algunas preguntas orales^[1]. El tema habría merecido sin duda un texto más meditado. Pero la espontaneidad en el ejercicio de la memoria tiene también alguna virtud.

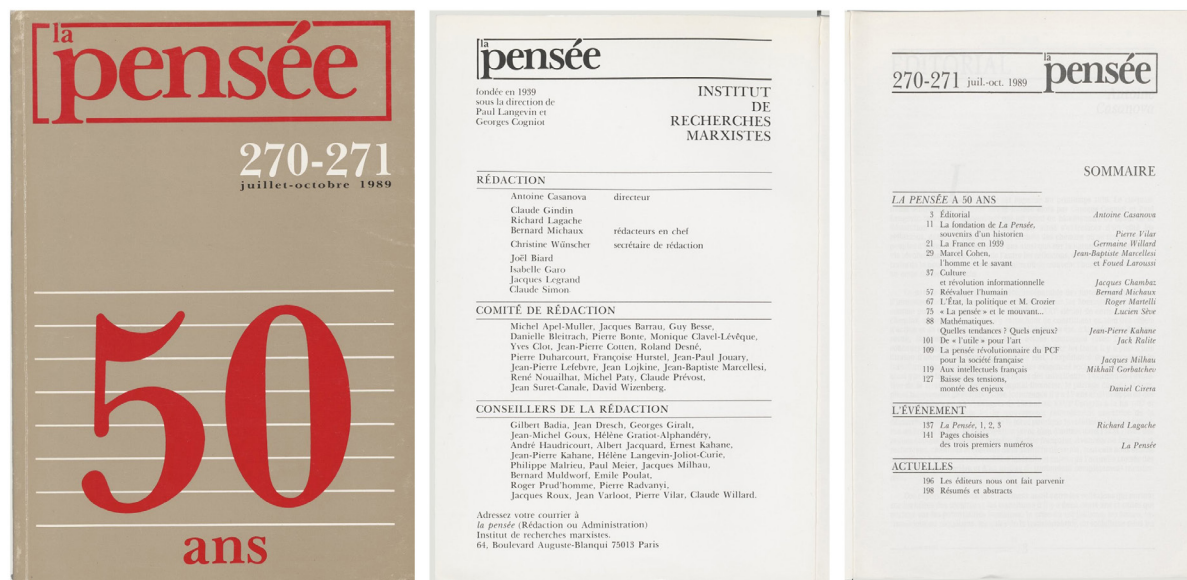
Los años 1936-1939, y sobre todo el de 1939, incluso antes del estallido de la guerra, representaron para mí —y no era ciertamente el único en tener ese sentimiento— un tiempo de terrible angustia. Haber vivido las ilusiones de los primeros pasos del Frente Popular, y constatar, mes tras mes, las impotencias y los retrocesos de los gobiernos parlamentarios en materia social, en orientaciones políticas, era ya bastante decepcionante. Pero ver venir la guerra, de manera ineluctable, por el rechazo de las «democracias» a decir «no» al ascenso de los fascismos y a aceptar una entente con la Unión Soviética que no cesaba de proponerla, era, para todo hombre

sensato, un motivo cotidiano de rabia impotente. Yo era, sin duda, en lo personal, particularmente sensible al caso español, al haber pasado en España, entre 1930 y 1936, los mejores años de mi juventud. Pero los disparates de la «no-intervención» no eran más que el aspecto más perceptible de una política exterior evidentemente inspirada por las pasiones y los prejuicios de clase, en los puestos más influyentes de las estructuras del Estado: sumisión absoluta al clan más estúpidamente ciego del conservadurismo inglés, pasión antisoviética y obsesión por el «peligro revolucionario» en los medios diplomáticos y los estados mayores militares, campañas de prensa de un «neopacifismo» casi pro-hitleriano, anunciando ya a Laval^[2] y que reunían desgraciadamente, en una inquietante convergencia, a los pacifismos socialistas de derecha y de izquierda, para quienes la asimilación Hitler-Stalin era ya el argumento mayor. Y era Munich, después la derrota española, Hitler en Praga, y los italianos en Tirana. Claro

* Traducción de Francisco Erice Sebares. Las reseñas biográficas que aparecen a pie de página han sido extraídas en su mayoría de Herbert R. Lottman, *La rive gauche. Du front populaire à la guerre froide*, París, Éditions du Seuil, 1981 [Nota del traductor].

1.— Las líneas que siguen han sido redactadas tras una conversación del autor con Claude Gindin.

2.— Pierre Laval (1883-1945), abogado, adherido hasta los años 20 a la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), el partido socialista francés. Rompió con sus compañeros adoptando posiciones cada vez más conservadoras. Fue varias veces ministro y presidente del gobierno bajo la Tercera República. En 1940 propugnó la firma del armisticio con la Alemania nazi, apoyó al mariscal Pétain y al régimen títere de Vichy, cuyos gobiernos llegó a presidir. Fugado a España en 1944, fue devuelto, juzgado en su país, condenado a muerte por alta traición y ejecutado. [N. del t.].



Portada, página de derechos e índice del número cincuenta de *Le Pensée*, donde se publicó originalmente este texto (fuente: Biblioteca Nacional de Francia).

está que uno se aferraba a las razones de consuelo, a los signos de esperanza: aquí y allá, alrededor del poder, algunos hombres menos ciegos (Jean Zay^[3], Pierre Cot^[4]), el artículo cotidiano de Gabriel Peri^[5] en *L'Humanité*, la buena difusión de *Ce soir*, de *Regards...* Pero en definitiva ante Munich, o ante la derrota de los republicanos españoles y su internamiento en los campos, la reacción de lo que se llama corrientemente «la opinión pública» no era muy tranquilizadora. Frente a una derecha desencadenada, que no había perdonado junio de 1936, y una izquierda dividida, cuya parte próxima

al poder no era más que indecisión y deseo de compromiso, la masa se dejaba arrastrar por el «cobarde alivio» del día siguiente de Munich. Yo pensaba, con muchos otros intelectuales: «sería absolutamente necesario hacer algo...». Las propuestas implicadas en la fundación de *La Pensée* me parecieron, pues, en ese triste invierno de 1938-39, un signo muy valioso. ¿Una esperanza? ¡Eso sería mucho decir! El tiempo apremiaba y los efectos concretos de un «pensamiento» no se revelan más que a largo plazo. Sobre todo, cuando se trata de un pensamiento *racional*. ¡Los irracionalismos, por desgracia, aunque sean más efímeros, tienen éxitos más rápidos! Nuestro siglo lo ha probado sobradamente.

¿Qué fue, pues, esta primera reunión fundadora de *La Pensée*? Tengo dificultad para reencontrar los detalles en mi memoria. Yo estaba lejos de conocer a todos los asistentes. Me parece incluso que los amigos comunistas que yo frecuentaba más — Jean Bruhat, Pierre George, Georges Cogniot^[6]— no estaban presentes. Pero puedo

3.- Jean Zay (1904-1944). Miembro del ala progresista del Partido Radical, ministro de cultura (1936-1938) en los gobiernos de Léon Blum, impulsó el programa cultural del Frente Popular. Encarcelado por el régimen de Vichy, fue asesinado por el grupo paramilitar colaboracionista, la Milicia Francesa [N. del t.].

4.- Pierre Cot (1895-1977), miembro del Partido Radical, fue ministro del Aire en el gobierno del Frente Popular y partidario de suministrar ayuda militar a la República española [N. del t.].

5.- Gabriel Peri (1902-1941), militante y diputado comunista. Periodista encargado de la sección internacional de *L'Humanité*. Fusilado por los alemanes en represalia por las acciones de la resistencia [N. del t.].

6.- Jean Bruhat (1905-1983). Historiador, agregado de

equivocarme. Salvo en el hecho de que, aquel día, no aparecieron (o no quisieron aparecer) como los iniciadores o los planificadores de la empresa. En cambio, creo volver a ver a Paul Langevin^[7]. Un poco, claro, porque aparecía entonces como el patriarca por excelencia, como «el sabio, hombre de progreso». Pero también porque no dio del todo la impresión del viejo señor que presta su salón a una reunión simpática. Él presidió *realmente*. Se adivinaba en él al inspirador verdadero del proyecto. Jacques Solomon^[8], es verdad, hizo la exposición de las intenciones de la revista en el dominio de las ciencias matemáticas, físicas, biológicas; pero Langevin intervenía, aportaba precisiones, planteaba cuestiones. Con una simplicidad y una cordialidad conmovedoras. Del lado de la filosofía, y de las ciencias humanas, las directivas para la revista fueron anunciadas por George Politzer^[9]. Yo, sin duda, ya lo había visto, pero lo conocía poco; no tenía la cordialidad espontánea de Langevin y de Solomon; su discurso era abierto, condenaba los dogmatismos, pero su tono era voluntariamente afilado; ¿y cómo se le habría podido reprochar, cuando había tantas vías peligrosas que denunciar, tantas tentaciones irracionales?

¡Langevin, Solomon, Politzer! En el fon-

do, no me asombro de no recordar más que a ellos, cuando interrogo mi memoria sobre esta sesión. La dominaron por entero. Sin embargo, tengo un recuerdo muy neto de otro rostro: el de Léon Moussinac^[10]. ¿Es porque aseguraba la tarea de secretario de la sesión, porque estábamos sentados uno al lado del otro, y porque me pidió, al despedirnos, si aceptaría, eventualmente, encargarme del secretariado de redacción de la nueva revista? Yo creo sobre todo que veía en Moussinac al hombre que sabía todo del cine, particularmente del cine soviético, mis pasiones desde hacía largos años. Su proposición me afectaba y me tentaba, pero tenía miedo de no estar a la altura de la tarea. De hecho, el secretariado de redacción fue confiado a André Parreaux^[11], anglista, con quien había debido coincidir en nuestros años comunes de la École Normale (1927-1929), pero que conocía poco. Parreaux y yo volveríamos a encontrarnos, dos años más tarde, en un extraño cara a cara, de los dos lados de una barrera de alambre de espino. Era en Nuremberg, en un *Oflag* dividido de esta forma desagradable, en varios *Unterlager*. Durante varios meses, reservamos algunos instantes cada día, sentados en el suelo de una parte y otra de la alambrada, para hacer inventario sobre una situación cambiante (¡Ah! ¡Junio de 1941!). Incluso redactamos e intentamos difundir un «periódico del campo» que intentaba hacer buenos análisis, con la ayuda de mi mejor amigo, el maestro Pierre Clauzet, y de un soldado empleado en los servicios del campo, antiguo miembro de las

instituto y director del Museo de Historia Viva de la municipalidad comunista de Monterueil. Pierre George (1909-2006), especialista en Geografía Económica y Social, miembro del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas. Georges Cogniot (1901-1978). Lingüista. filósofo y escritor, fue diputado y senador por el PCF.

7.- Paul Langevin (1872-1946). Experto en magnetismo y física de los electrones, amigo de la familia Curie. Resistente y miembro del Comité Parisino de la Liberación [N. del t.].

8.- Jacques Solomon (1908-1942). Experto en Física cuántica, yerno de Langevin. Su mujer sería deportada a Auschwitz y él fue fusilado en 1942 [N. del t.].

9.- Georges Politzer (1903-1942). Filósofo y psicólogo influido por el psicoanálisis. Autor de Principios elementales y fundamentales de filosofía. Fusilado por los alemanes [N. del t.].

10.- Léon Moussinac (1890- 1964). Escritor, crítico de arte y teórico del cine. Fundador en 1930, junto con Paul Vailant-Couturier y Louis Aragon, de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR) [N. del t.].

11.- André Parreaux (1906-1979). Historiador especialista en el siglo XVIII inglés. Fundador junto con Georges Politzer de revista *La Pensée*, de la que fue uno de los redactores-jefe [N. del t.].

Brigadas Internacionales. ¡Curioso fin de una colaboración comenzada alrededor de *La Pensée*! ¡Pero tan lógico! Nuestra cautividad se derivaba de los errores acumulados, que *La Pensée* se había dado por tarea denunciar, combatir. Y nuestro pobre periódico, garabateado, mal reproducido, perseguía la misma tarea: intentar, en medios demasiado sumisos a las ideologías dominantes, criticar las ideas recibidas, demostrar sus peligros.

En cuanto a los primeros pasos de la revista misma, no insistiré en ellos, puesto que se pueden consultar los primeros números de la misma, anteriores al verano de 1939. Se me dice que hubo tres. Yo no he tenido en mis manos más que dos, largo tiempo conservados con celo, pero que perdí estúpidamente en 1948, en una mudanza. Creo que el contenido de conjunto merece, como testimonio del espíritu de un momento histórico, un análisis profundo del que yo no puedo encargarme. No diré más que algunas palabras sobre mi colaboración personal, que consistió sobre todo en reseñas de obras. Una de ellas, la más importante, comparaba los contenidos de diversos ensayos recientes concernientes a España y su historia. Yo insistía sobre todo acerca de una *Nueva Historia de España* propuesta por Maurice Legendre, secretario y después director de la «Casa de Velázquez», institución a la cual yo había pertenecido durante mis largas estancias en España. Conocía bien a Maurice Legendre. Su amor a España, el ardor que había puesto en hacérmela conocer, me habían inspirado una amistad muy viva. Pero su visión de una España exclusivamente tradicionalista y católica, con Franco como conclusión, me había hecho reaccionar enérgicamente. Legendre me había respondido: «no tenemos la misma concepción de la historia». La fórmula me había parecido inexacta. «Usted ha expuesto, le había dicho, su concepción de una his-

toria. Es su derecho. Pero yo no llamo a eso tener ‘una concepción de la historia’». Y yo observaba que Marx, en 1854, con ocasión de artículos de circunstancias, había intentado pensar España a partir de *todos* los factores de sus sucesivas transformaciones, en Europa y en el mundo, bien se tratase de la Reconquista, de los Descubrimientos, del Siglo de Oro o de las contradicciones internas reveladas por la resistencia a Napoleón. Así la aplicación, incluso elemental, de una «concepción de la historia» científicamente ordenada se revelaba menos brillante sin duda, pero más esclarecedora, que la definición de un país por sus santos y sus héroes. Tal era el espíritu de las reseñas críticas que había comenzado a entregar en *La Pensée*. Después de la guerra, me consagré demasiado a la investigación y a una enseñanza muy absorbente, como para reemprender en las revistas una tarea crítica del mismo género. No he sido el hombre de las reseñas, siguiendo en este punto el ejemplo que me daba mi maestro Ernest Labrousse y no el de los «combates» de Lucien Febvre. Quizás me haya equivocado. Criticar, si es de manera constructiva, es una tarea fecunda.

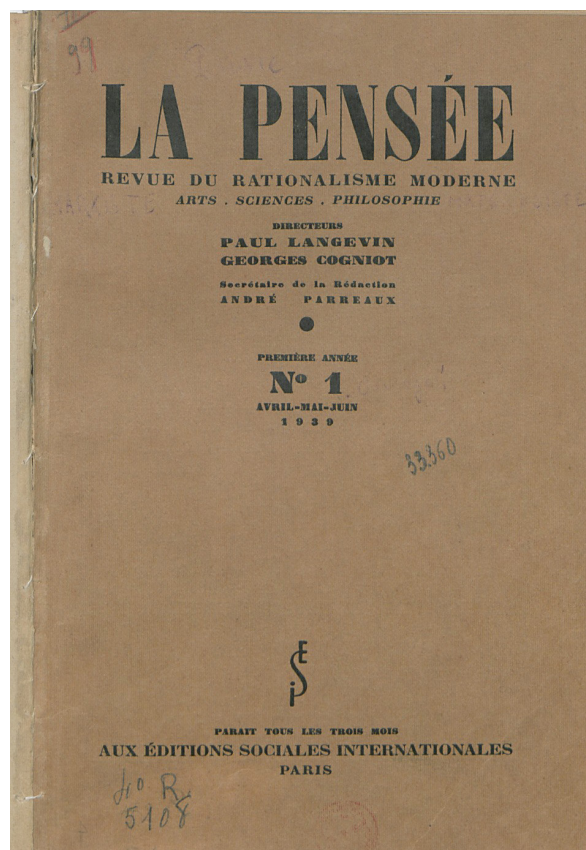
Otra colaboración en *La Pensée*, cuando retorno a esos recuerdos lejanos, me parece más preciosa, porque se relaciona con el nacimiento de una amistad. Los fastos del «bicentenario» (bien irritantes en cierto modo) no me hacen olvidar que el trágico año 1939 fue ya el de una celebración: la del «ciento cincuenta aniversario». *La Pensée* me pidió reseñar una de las exposiciones montada para la ocasión y tomar contacto, para eso, en Carnavalet, con un joven colega. Lo veía por primera vez. Se llamaba Albert Soboul. Para todos, pronto, «Marius». Los acontecimientos nos separaron rápidamente, pero nos reencontramos, desde los últimos años 40, fieles a las mismas simpatías, a los mismos valores. En los Archivos, en la Sorbona (la del 68),

en el congreso de Moscú, en 1970, hemos evocado más de una vez nuestro primer encuentro. En 1939, en Carnavalet, la exposición «revolucionaria» comenzaba bien: ¡se entraba pasando bajo la guillotina! Me gustaría estar seguro (pero apenas lo estoy) de que muchas de las presentaciones «revolucionarias», en 1989, ya no proceden con la misma hipocresía. Soboul no está ya aquí para indignarse. Pero soy feliz de haberme indignado con él, hace cincuenta años, de cosas parecidas. ¡Gracias a *La Pensée*!

Pienso, naturalmente, que a los historiadores de hoy, y a los responsables actuales de *La Pensée*, les gustaría medir cómo fueron recibidos los primeros números, su impacto sobre la opinión. No tengo sobre ello indicación precisa. De todas formas, la corta duración del período inicial restaría a las cifras toda significación. No se puede juzgar sobre tres números el éxito de una puesta en marcha.

Mi único recuerdo preciso es el de una reacción negativa. La cito porque tiene un sentido político (digamos mejor histórico): revela esa pasión pacifista cuya extensión inquietante en 1939 he mencionado. Yo había conocido en Barcelona, antes de 1936, a un joven politólogo, autor de buenos trabajos sobre la ideología de las Luces. Le hice llegar los primeros números de *La Pensée*. El me los devolvió con esta nota: «esta revista habla de carros de asalto; ¿cómo podría interesarme?»^[12]. Tal era el espíritu, y el estilo, de los pacifistas que teníamos que combatir, o intentar convencer, en el «Comité de intelectuales antifascistas». Simone Weil nos acusaba de «lustrar las botas militares» para la próxima guerra imperialista.

12.- Alusión al artículo «El carro de combate», aparecido bajo la rúbrica «Estudios militares» en el segundo número de *La Pensée* (julio-agosto-septiembre de 1939, pp. 118-125), con tres estrellas a modo de firma y del cual era autor Max Barel. Ver en ese número las páginas escogidas de *La Pensée* de 1939.



Portada del número 1 de *La Pensée*, 1939
(Fuente: Biblioteca Nacional de Francia).

Sin embargo, ella había portado el fusil (durante algunos días) al lado de los anarquistas españoles, en las trincheras de Aragón. Pero la idea de que la lucha de clases, a nivel internacional, se resolvería por los aviones y los carros de asalto, debía parecerle una visión vulgar de historiador, indigna de una actitud filosófica. Jean-François Sirinelli, estudiando «una generación de intelectuales» (y resulta que es la mía), atribuyó un lugar justificado, en su análisis, al movimiento pacifista. Pero concede demasiada importancia a la influencia de Alain sobre los estudiantes de preparación del Liceo Henri IV, y «periodiza» mal los movimientos de pensamiento de los grupos que estudia. Entre 1925 y 1929, tiempo de «el espíritu de Locarno» y de la «prosperidad» ser «de izquierdas» y ser «pacifista» eran sinónimos. Sólo los comunistas (y eran una

pequeña minoría) recomendaban no esca-
bullirse de la preparación militar (¡es ver-
dad que eran automáticamente rechazados
en los exámenes!). Pero después de 1931,
con la crisis y el ascenso de los fascismos, la
línea divisoria se situó entre los que veían
claramente los peligros mayores, y los que
preferían cerrar los ojos, a menudo por an-
ticomunismo existencial. En mayo de 1940,
cuando la «drôle de guerre» dio paso a la
guerra verdadera, ante la avalancha de los
carros alemanes y la total ausencia de ca-
rros en nuestras líneas, yo no pensaba en
Charles de Gaulle (al que no había leído),
sino en la pequeña nota de *La Pensée* y en la
estúpida reacción de mi amigo «pacifista».

En lo que concierne a la historia de *La
Pensée* en toda su extensión, pienso que
merece ser escrita. A comienzo de los años
1970, un joven historiador italiano, en uno
de mis seminarios, me había manifestado
su intención de hacer de ella el objeto de
su tesis. Pero, al final del año universitario,
volvió a su país. Y no sé si ha realizado su
proyecto.

Convendría sin duda, bajo una forma u
otra, reemprenderlo. Entre los primeros co-
laboradores de *La Pensée*, varios de ellos,
después de la guerra, han jugado un papel
importante en la vida intelectual, en Fran-
cia y a nivel internacional. Algunos, es ver-
dad, no han permanecido fieles a la línea de
pensamiento que habían trazado, me pare-
ce, en esta primera reunión que he evocado,
Solomon y Politzer. No pienso en absoluto
en los que, en tal o cual momento, se han
encontrado en desacuerdo con tal o cual
línea política. Hemos hablado demasiado
de eso, del interior y del exterior, y general-
mente con criterios bastante restringidos.
Pero sería interesante investigar las razo-
nes de ciertos itinerarios filosóficos: ¿por
qué Jacques Monod^[13], que parecía tentado,

hacia 1939, por una adhesión al «raciona-
lismo moderno» de *La Pensée*, adoptó, des-
pués de subir a la cumbre de su carrera de
genetista, un probabilismo próximo a un
escepticismo desalentador? Pienso tam-
bién en Mikel Dufrenne^[14], sociólogo y es-
teticista, colega mío en el instituto de Sens
en 1937, y que colaboró activamente en los
primeros números de *La Pensée*. Lo volví
a encontrar fugazmente, en un campo de
prisioneros, poco tiempo antes de nuestra
liberación. Constaté que había abandona-
do totalmente la perspectiva marxista, bajo
la influencia de uno de sus compañeros de
cautividad, que no era otro que Paul Ri-
coeur. ¿Cómo reprochárselo? Pero el hecho
nos plantea una gran cuestión, general-
mente demasiado poco tratada: ¿qué papel
juegan, en la forma en que se imponen las
ideologías dominantes, las estupefacien-
tes capacidades del discurso filosófico para
producirse y reproducirse en abundancia,
para cambiar de rumbo sin advertirlo, para
poner la realidad histórica entre paréntesis,
incluso si eso significa invocarla de vez en
cuando torpemente, equivocándose sobre
las fechas y los textos? ¿De Sartre a Ricoeur
y a Foucault, cuántos errores para rectificar
tendrían los historiadores? Si se puede re-
prochar un «error» a Marx es haber creído
demasiado próximos el fin de las religiones
y el declive de las filosofías, demasiado evi-
dentes las conclusiones que un «raciona-
lismo moderno» podría sacar de nuestros
conocimientos materiales y de nuestras
capacidades de acción. *La Pensée*, en 1939,
seguramente llegó a su hora. En el conjunto
de la historia del mundo, sus ambiciones si-

galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1965.
Durante la Segunda Guerra Mundial fue mando de las
Fuerzas Francesas del Interior (FFI) y coordinó el parachu-
taje de armas y el bloqueo del ferrocarril y de las comuni-
caciones alemanas en vísperas del Día D [N. del t.].

14.- Mikel Dufrenne (1910-1995). Filósofo especializado
en la Estética [N. del t.]..

13.- Jacques Monod (1910-1976). Biólogo y bioquímico,

guen siendo, quizás, prematuras. ¡Pero más vale estar adelantado que retrasado, incluso si se os acusa sin cesar de lo contrario!

Las preguntas que se me plantean sobre el nacimiento de *La Pensée* denotan igualmente una curiosidad legítima, en cuanto al papel desempeñado, en la creación de la revista, por el partido comunista, y por Maurice Thorez en particular, así como los defectos y las virtudes de las orientaciones del momento. Confieso que no puedo aportar aquí más que impresiones fugaces, indicaciones indirectas. Mis propios recuerdos son muy inseguros. En particular en cuanto a las *fechas* que hay que atribuirles.

He mencionado a los personajes que me parecieron dominar la sesión en que fue creada y presentada *La Pensée*. Sobre lo que la precedió y cómo había surgido la iniciativa, no supe nada de ello, y me tenía poco preocupado. Evocaré solamente iniciativas de la misma naturaleza, que me parece que son más o menos contemporáneas. Insisto sobre las palabras «*me parece*». Las confusiones de fechas serían enojosas. Pero es fácil verificarlo.

Pienso en la organización del museo de Montreuil, a la que Bruhat me asoció alguna vez, y donde conocí a Jacques Duclos. Y también en un gran banquete de enseñantes, en el que se me presentó a Maurice Thorez. Algunos instantes de conversación (los únicos de mi vida) bastaron para revelarme a un hombre de rara calidad intelectual. Pero no descubrió nada a nadie, imagino, precisándolo. Estoy seguro de que aquella tarde no se hizo ninguna alusión a la revista *La Pensée*. Pero repito que las fechas pueden explicarlo. Y esas se me escapan.

Desde la primavera de 1938 al verano de 1939, fui profesor en el instituto Carnot; mis investigaciones sobre fuentes españolas estaban, naturalmente, interrumpidas; y mi mujer, restableciéndose de una grave pleuresía, debió pasar varios meses de cura

en la alta montaña. Yo estaba, pues, a la vez bastante libre durante la semana y fuera de París todos los fines de semana. Mi participación en las campañas de opinión del momento fue, por tanto, frecuente, pero irregular. Aparte de mis contactos (a menudo absorbentes) con mis amigos españoles o hispanistas (pienso en Marcel Bataillon, en Jean Cassou, en el «círculo Cervantes»), las participaciones que me solicitaban venían de organizaciones próximas al partido comunista: artículos de revista, conferencias o debates. ¡No siempre era fácil dosificar razonablemente los argumentos en favor de un papel activo de las fuerzas francesas en la coyuntura internacional, la crítica de los gobernantes y la desconfianza hacia la noción de «imperio» de la que Daladier^[15] hacía su último eslogan! Me acuerdo de una conferencia en la Mutualidad que tuve que compartir con Pierre George; estaba contento de que él tuviese que tratar de los difíciles problemas mediterráneos. ¡Pues si era necesario proteger a Túnez de las ambiciones de Mussolini, importaba no defenderlo utilizando un vocabulario colonialista! En el momento en que se me pasaba la palabra, me sentí casi aliviado por un tumulto inesperado: alguien anunciaba la presencia de la Pasionaria en una sala próxima: era un falso rumor; pero la emoción unánime medía bien —debía ser a finales de enero de 1939— la dominante española de todas las preocupaciones.

Algunos días antes, se me había pedido que expusiera los problemas españoles ante un grupo cultural de obreros de Renault. Uno de ellos me dijo: «La batalla militar republicana está perdida; ¿por qué Negrín se

15.— Édouard Daladier (1884-1970). Miembro del Partido Radical, varias veces ministro y presidente del consejo durante la Tercera República. Asistió a las reuniones del Pacto de Munich (1938) que entregó los Sudetes checoslovacos a la Alemania nazi. Opuesto a Pétain, fue encarcelado durante la guerra y enviado al campo de Buchenwald [N. del t.].

obstina en hacer correr la sangre?». Yo respondí (creo que era históricamente justo): «él juzga inevitable la guerra internacional; resiste con la esperanza de que pronto no estará solo». «¿Y cree usted, exclamó otro obrero presente, que Hitler desencadenará la pelea decisiva antes de que la cuestión española haya sido solucionada?». Abril de 1939 confirmó ese diagnóstico popular. ¡Mientras que periodistas y diplomáticos rivalizaban en su ineptitud! ¡Ah! ¡Si la palabra «democracia» tuviera algún significado!

Algunas semanas más tarde, verificado el pronóstico pesimista, tuve que consagrarme ante todo a dar refugio a los exiliados españoles. Amigos cuya indigencia me conmovió. Desconocidos, huéspedes improvisados, algunos de los cuales fueron para mí una verdadera revelación. Pienso en Benigno Rodríguez, representante del partido comunista español al lado de Negrín en los momentos más trágicos. Él me los contó, en largas noches de vigilia. Sus análisis eran de una lucidez perfecta. Además, es uno de los raros personajes de la tragedia del que jamás he oído cuestionar su desinterés total. Me alegro de tener esta ocasión de nombrarlo. Y en *La Pensée*. Lo habría hecho quizás en los números del verano del 39. O del otoño. Sabemos lo que sucedió.

Es en torno a mis inquietudes españolas donde se sitúa otro episodio de mis relaciones, en 1939, con las organizaciones comunistas. Georges Cogniot me había pedido, para la Ediciones sociales, que preparara una edición francesa de los artículos de Marx sobre España de 1854-1856, que ya he mencionado. Yo debía redactar una introducción, asegurar la corrección del texto francés. El manuscrito estaba listo en las fechas límites previstas. Supe entonces que se enviaría a Moscú para su aprobación ideológica. ¿Por qué no? Pero tardó tres meses en regresar. La guerra de España ha-

bía acabado. Sin embargo, mi introducción no había provocado la menor crítica, ante el alivio de Cogniot y mi satisfacción quizás un poco irónica. Se nos pedía, sin embargo, dado que el texto de Marx contenía cuatro o cinco errores de nombres propios (quizás erratas del *New York Tribune*), que los corrigiéramos en el texto sin decirlo en nota, por miedo de que se pudiese entender: «Marx se equivocó». ¿Tres meses perdidos por tal infantilismo? ¿Pero, en París, no se habría podido, *verdaderamente*, prescindir del *imprimatur*? Me lo he preguntado. Me lo pregunto aún.

Dicho esto, el manuscrito, retornado a París, ciudad de la libertad de expresión, y de la de impresión, fue compuesto, pero no salió de las prensas. Al día siguiente del pacto germano-soviético, los plomos de imprenta de todas las obras en preparación en Ediciones sociales fueron destruidos. Me lo dijeron a mi regreso de la cautividad. Yo dudaba en creerlo, dado lo extraño que puede parecer, y pudiendo explicarse la desaparición del trabajo por episodios ulteriores. Pero en *El Mundo de los libros* de la última semana (26-05-89) se señala que una obra literaria de Louis Parrot^[16], hispanista de los años 30, desapareció igualmente en esta operación policial. Ahora bien ¿los historiadores han señalado esta operación? Merecería un estudio, como ejemplo de la mentalidad de guerra civil que reinaba, desde la guerra de España, en los medios represivos. Desde la primavera de 1938, en los Pirineos Orientales, un gendarme se permitía preguntar a mi hijo, de dos años de edad: «¿qué lleva, tu papá, el sábado en su maleta?». Dicho de otra manera, cerca de la frontera española, valía más, para no ser sospechoso, leer *L'Action Française*^[17] que *L'Humanité*.

16.- Louis Parrot (1906-1948). Historiador hispanista, redactor-jefe del semanario comunista *Ce Soir*, miembro activo de la Resistencia [N. del t.].

17.- *L'Action Française* era el periódico del partido ultrade-



En el Congreso de Cultura Catalana, 1977 (Foto: Pilar Aymerich, fuente: Atelier Pierre Vilar).

¿Esos recuerdos personales nos alejan del nacimiento de *La Pensée*? No, porque evocan *un tiempo* demasiado a menudo deformado, en las «historias» que uno traza de nuevo, por los apriorismos ideológicos.

Una última serie de cuestiones parece interesar, con razón, a mis interlocutores. ¿Cuáles eran, entre los iniciadores de *La Pensée*, el lugar, la naturaleza, la profundidad de una formación propiamente «marxista»? Naturalmente, no me permitiría responder más que por mi caso personal.

Si me interrogo, de una cierta forma, según las perspectivas de los años 70, me siento tentado a responder: mi marxismo de los años 50 era muy elemental. Tres for-

maciones le faltaban, que adquirí posteriormente: 1) Un conocimiento suficiente de *los economistas*, desde los «primitivos», que Marx admiraba, hasta los más «modernos», los mejores de los cuales no ignoran a Marx; 2) Un manejo *directo* de la materia histórica, de las fuentes originales, los textos y los cálculos; 3) Una referencia a la *teoría* global, que nos ha recomendado Althusser, y que la publicación tardía de ciertos textos filosóficos de Marx no hacía posible antes de 1940.

Dicho esto, ¿es necesario, para ser marxista *de manera útil*, «especializarse» (lo que es, evidentemente, contradictorio) en economía, en historia, en filosofía? Pienso, en cambio —y este era uno de los objetivos de *La Pensée*— que sólo hace falta que cada «especialista» se abra suficientemente a las adquisiciones fundamentales de los saberes

rechista del mismo nombre. Fundado por Charles Maurras (1868-1952), defendía la restauración monárquica, el antiparlamentarismo y el antisemitismo. Su grupo paramilitar, ilegalizado en 1936, era los *Camelots du Roi* [N. del t.].

próximos al suyo, como Marx y Engels hicieron en su tiempo. Y, bien entendido, cuento entre los «especialistas», al militante, político o sindical, que debe pronunciarse cada día sobre problemas precisos. ¿De qué disponían, en los años 30, todos los que deseaban utilizar un análisis «marxista» para asentar, o afinar, su utillaje intelectual?

Las Ediciones sociales proponían entonces un abanico de fórmulas diversificadas de suscripciones a publicaciones (libros y revistas) que, para asimilar lo esencial del marxismo, ofrecían una base que no se puede subestimar. Bien entendido que de Marx se abordaba, sobre todo, además de *El Manifiesto*, las obras económicas elementales (*Salario, precio y ganancia*), y las obras históricas (*El 18 Brumario*, *La lucha de clases en Francia*). *El Capital* no estaba aún disponible más que en la famosa (y mediocre) «traducción Molitor». Yo no lo «leía»; pero tenía que remitirme a él cuando se me planteaba una cuestión teórica embarazosa. Y la «Biblioteca marxista», donde figuraban, junto a Lenin y Stalin, Rosa Luxemburgo, Bujarin o Pokrovski, iluminaba lo que el siglo XX había hecho de la herencia de Marx. Pero la pregunta que me plantean a menudo aún jóvenes historiadores, «¿Qué había usted leído de Marx en tal fecha de su vida?», me parece carente de interés real. El marxismo concebido como el descubrimiento del «continente-historia» se impone desde que se perfila una vocación de historiador y cuando aquella, incesantemente, se aplica a la experiencia cotidiana. Un día en que Althusser me había invitado a su seminario, me permití una broma que creo que ha chocado a más de un filósofo, y que no tiene valor más que si se interpreta correctamente. Sartre escribió, dije: «A los veinte años había leído a Marx y no lo había comprendido». En cuanto a mí, me entran deseos de decir: «A los veinte años yo no había leído a Marx y lo había comprendido». Entendá-

monos. *Leer a Marx*, desde Althusser, tiene un sentido preciso: lectura exhaustiva de los textos y reflexión teórica. Sartre había reconocido, por adelantado, haberlo intentado sin resultados. En cuanto a mí que, como estudiante, me había limitado a las obras conscientemente vulgarizadoras, me habían bastado para percibir la historia, y el mundo, con una nueva mirada, bajo problemáticas nuevas. Sin embargo, no chocaban en absoluto a los compañeros de estudios que se llamaban no solamente Jean Bruhat, sino también Henri Marrou^[18] y Alphonse Dupront^[19]. Y no colisionaban (al contrario) con las lecciones de un Mathiez^[20], de un Hauser, de un Febvre, de un Simiand, de un Georges Lefebvre, y menos aún las de un Ernest Labrousse y de un Marc Bloch.

En cuanto a la aplicación al presente, creo que esta convergencia entre marxismo y comprensión de la historia se verificaba a mis ojos, hacia el fin trágico de los años 30, por el hecho de que ninguno de aquellos que, entre mis amigos, yo consideraba como historiadores verdaderos, cometía contrasentidos mayores sobre los peligros del momento: pienso en Jean Meuvret, historiador del tiempo de Luis XIV, pero que me decía a menudo, ante las cegueras de la política y de la opinión: «no soy comunista, pero soy pérista», por alusión a los admirables análisis de Gabriel Péri en *L'Humanité*. *La Pensée*, si no hubiera sido demasiado tarde, habría podido suscitar reacciones de este género.

18.- Henri Marrou (1904-1977). Historiador de adscripción cristiana progresista, Participó en la Resistencia y fue partidario del diálogo entre cristianos y marxistas [N. del t.].

19.- Alphonse Dupront (1905-1990), antropólogo de la religión cristiana [N. del t.].

20.- Albert Mathiez (1874-1932), historiador de la Revolución francesa, influido por Jean Jaurés y admirador del jacobinismo. Militó hasta 1922 en el PCF y posteriormente en algunas de sus escisiones antiestalinistas [N. del t.].

Un último recuerdo: en 1931, el socialista belga Henri de Man^[21] había publicado su libro titulado *Más allá del marxismo*. Yo había redactado una larga reseña crítica de su contenido, que jamás fue publicada. Había tenido la suerte, a lo largo del año, de frecuentar cotidianamente, en una residencia de estudiantes barcelonesa, a un joven húngaro, a la vez historiador y psicoanalista, que me había revelado la «*psicología individual*» de Alfred Adler, fundamento del libro de Henri de Man. Este razonaba así: la conciencia de clase de los obreros, su aspiración revolucionaria, expresan un complejo colectivo de inferioridad; ese comple-

jo sería superado si se inculcara a las masas un complejo de superioridad nacional. Yo había exclamado: es la operación Hitler. Y en efecto Henri de Man, en 1940, fugazmente pero con claridad, aplaudió a los nazis. Tuve la intención, en 1939, de analizar el fenómeno en *La Pensée*. Los acontecimientos evolucionaron demasiado rápido. Pero cuando he visto, en tiempos de la guerra fría, excusar, reeditar, volver a poner en boga de Man, como Déat^[22], en otro tiempo, le había aplaudido, me he dicho que la tarea del pensamiento (con o sin comillas y mayúscula) evoca un poco la de Sísifo.

21.– Henri de Man (1885-1953). Socialista revisionista belga, colaboró con los órganos de ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial [N. del t.].

22.– Marcel Déat (1894-1955). Diputado por la SFIO hasta 1933, en que encabezó la escisión neosocialista caracterizada por la apuesta por un «socialismo nacional». Fue la matriz del Rassemblement National Populaire, uno de los grupos colaboracionistas que sustentaron el régimen de Vichy [N. del t.].